

A. R. GONZALEZ

1973

GONZALEZ.
A.R.
20 29

SÉPARATA DE
ESTUDIOS DEDICADOS AL PROFESOR DR. LUIS PERICOT
UNIVERSIDAD DE BARCELONA
INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA Y PREHISTORIA 1973



MÁSCARAS METÁLICAS DEL NO. ARGENTINO

ALBERTO REX GONZÁLEZ

O. OBJETO DEL ARTÍCULO

Designamos con el nombre de máscaras funerarias o mortuorias a objetos que reproducen en piedra, cuero, terracota, tela o metal, los rasgos anatómicos fundamentales de un rostro humano; de tamaño variable, por lo general se acercan a las medidas naturales; sin embargo, es frecuente que sean mayores o menores. La función fúnebre se expresa en relatos etnohistóricos o se deduce del hallazgo arqueológico, cuando estos objetos se colocan sobre la cara del sujeto sepultado o sobre el paquete funerario. No se tiene en cuenta si este paquete contiene o no el cráneo original, pues en algunos casos ocurre que éste falta. Un punto importante sería la definición y clasificación de los diferentes tipos de máscaras arqueológicas y etnográficas. Aquí no tocamos este punto y nos atenemos exclusivamente a la investigación de las máscaras funerarias.

Metódicamente trataremos de enfocar el problema dividiendo el artículo en dos partes principales: una descriptiva y otra comparativa. En la primera trataremos de dar la información que permita llegar a ubicar el contexto de las piezas descriptas; su función, cronología y orígenes culturales, dentro de la subárea a la que pertenecen. En la segunda trataremos de hacer lo mismo con el análisis de los casos conocidos, de acuerdo con la distribución geográfica en que habitualmente se divide la región andina. Cuando tengamos una información empírica muy amplia, este segundo punto permitirá acceder al conocimiento de la invención única o múltiple de las máscaras funerarias dentro de la Super Área Andina, y el vínculo de sus tipos con determinados niveles culturales, su objeto y su función.

Desde hace ya mucho tiempo se conocen, en diversos museos y colecciones, máscaras metálicas, algunas con alto contenido en oro, halladas en el noroeste argentino. Habitualmente se les asignaba la función de máscaras mortuorias, aún sin tener datos fidedignos sobre las condiciones de hallazgos, y aún a veces sin conocer tan siquiera la procedencia.

Como de algunos ejemplares se guardan datos de interés sobre sus condiciones de hallazgo, nos decidimos a recopilar estas informaciones. Aquí tratamos entonces de dar a conocer las máscaras metálicas y los datos que se tienen sobre procedencia y hallazgo, al mismo tiempo que tratamos de esbozar — de manera tentativa — el momento de su expansión y difusión, dentro del cuadro de periodificación que utilizamos para el noroeste argentino. Se señalan también los posibles orígenes e

influencias culturales a que responden, dentro de la cultura a que pertenecían, comparándolos, al mismo tiempo, con otras máscaras de diferentes materiales y períodos.

I. DESCRIPCIÓN

I.1. LAGUNA BLANCA (N.º 1). N.º 6769 (fig. 1).

Procedencia: Laguna Blanca. (?)

Colección: Muñiz Barreto. Museo de La Plata.

Medidas: Longitud total: 137 mm. Ancho máximo: 136 mm. Espesor: 1/10 mm.

Se trata de un rostro humano, muy escuetamente diseñado en relieve en una lámina recortada de oro. Los ojos y la boca están marcados en doble contorno por repujado; estilística y técnicamente es muy similar a los ejemplares de Huma-huaca que se describen más adelante.



Fig. 1. — Máscara de oro. N. 6769. (Colec. M. Barreto.)

Las condiciones de hallazgo se ignoran. Creemos que la designación de Laguna Blanca está equivocada, ya que el cotejo de gran cantidad de notas de las colecciones de Muñiz Barreto no permitió llegar a ninguna conclusión. No figuran datos en los diarios de viaje y excavaciones de Weiser en aquella zona, si bien éste hace mención a los «cementeros ricos en oro».

Como detalle de interés, esta pieza lleva una capa notable de hematita o cinabrio que cubre toda la superficie anterior.

1.2. PUERTA DE JUELLA (N.º 2). N.º 3866-3634 (1951) (fig. 2).

Procedencia: Puerta de Juella de Maidana (prov. de Jujuy).

Colección: Muñiz Barreto. Museo de La Plata.

Hallada por: Carlos Schuel. Expedición de Muñiz Barreto 1919-1920.

Medidas: Largo total: 176 mm Ancho: 135 mm.

La pieza está mutilada. La parte conservada tiene las medidas que anteceden.

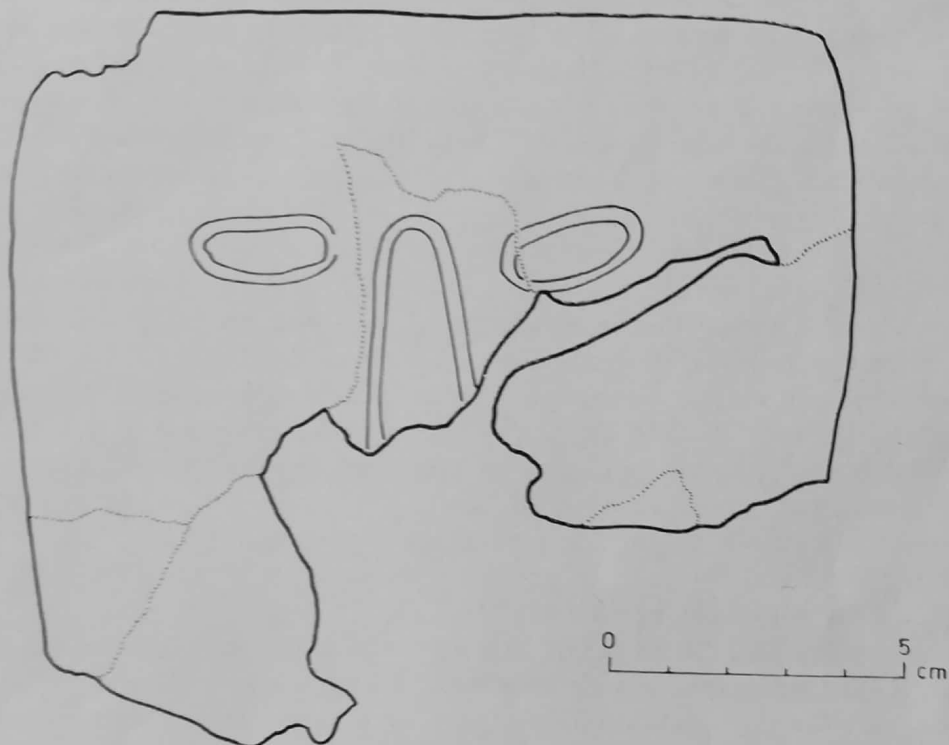


Fig. 2. — Máscara de plata y oro. Puerta Juella de Maidana. N. 3866.

Composición química — según el análisis hecho por gentileza del doctor Juan Alberto Retamar² de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad del Litoral (Santa Fe).

| | % |
|-------------------------|---|
| Plata..... | 56.7 |
| Oro..... | 40.5 |
| Cobre..... | 1.5 |
| Hierro y Aluminio..... | Vestigios. |
| Níquel..... | Vestigios apenas revelados por la dimetilglioxima. |
| Zinc..... | No contiene. |
| Estaño y Antimonio..... | No contiene. |

Condiciones de hallazgo

Este ejemplar, junto con el n.º 3, que le sigue en la descripción, son los únicos de los que se conoce, muy parcialmente, la asociación de los elementos arqueo-

1. Schuel distinguía dos «puertas Juella» en la Quebrada de Humahuaca. Una de ellas situada sobre la margen izquierda del río. La otra, que designa como Puerta Juella de Maidana, está al sur de la primera, en una quebrada lateral y sobre la margen derecha de la quebrada.

2. Agradecemos su colaboración, tan eficaz en este caso como en muchos otros. (Análisis comunicado el 9-III-1964.)

lógicos que lo acompañan en la tumba y existe al mismo tiempo una somera descripción de las condiciones de hallazgo.

Esta pieza se halló en el viaje costado por Benjamín Muñiz Barreto al noroeste argentino, el que estuvo a cargo del Barón Carlos Schuel. Se efectuó entre los meses de agosto y diciembre de 1919 y desde enero a octubre de 1920. De las excavaciones se conservan, entre los papeles de la colección Muñiz Barreto en el M. L. P., un diario manuscrito de Schuel donde anotaba los hallazgos día por día. Cada objeto se consignaba con un número. Al terminar la expedición se agregó otro número de catalogación general a cada objeto, pero no puede descartarse, sobre todo en la alfarería, un alto grado de confusión en la catalogación final. Además, se consignaban otros datos, como el lugar de los hallazgos, la forma de la habitación o el carácter del lugar donde se efectuó aquél, etc. De esos apuntes hemos extraído todas aquellas informaciones que juzgamos de interés.³

Fuera del «Diario» de hallazgos, existe un trabajo descriptivo y en parte interpretativo; cuya copia mecanografiada se conserva en la División de Arqueología del Museo y bajo la designación de «Puerta de Fuyeia» (Juella) existe un manuscrito de 31 pp. mecanografiadas. Pero ni en el texto general, ni en el capítulo dedicado a *Objetos de Metal* (pp. 25 y 26) encontramos ninguna mención a las máscaras, y además este párrafo: «Llama la atención de que ningún objeto de cobre (*y metal* *) fue hallado en las sepulturas, sino en algunos de los montones de basura y en las casas» (M. S. cit., p. 26). Todo induce a pensar que dicho manuscrito, data de una primera época de trabajos en el yacimiento de Puerta de Juella, anterior al hallazgo de las máscaras metálicas.

Desde el día 1 al 30 de abril Schuel trabaja en una habitación de paredes de piedra, de la que presenta una somera vista en corte y planta (Diario, p. 56). Por desgracia sin consignar las medidas. En base a su esquema, hemos confeccionado las ilustraciones que acompañamos (fig. 3).

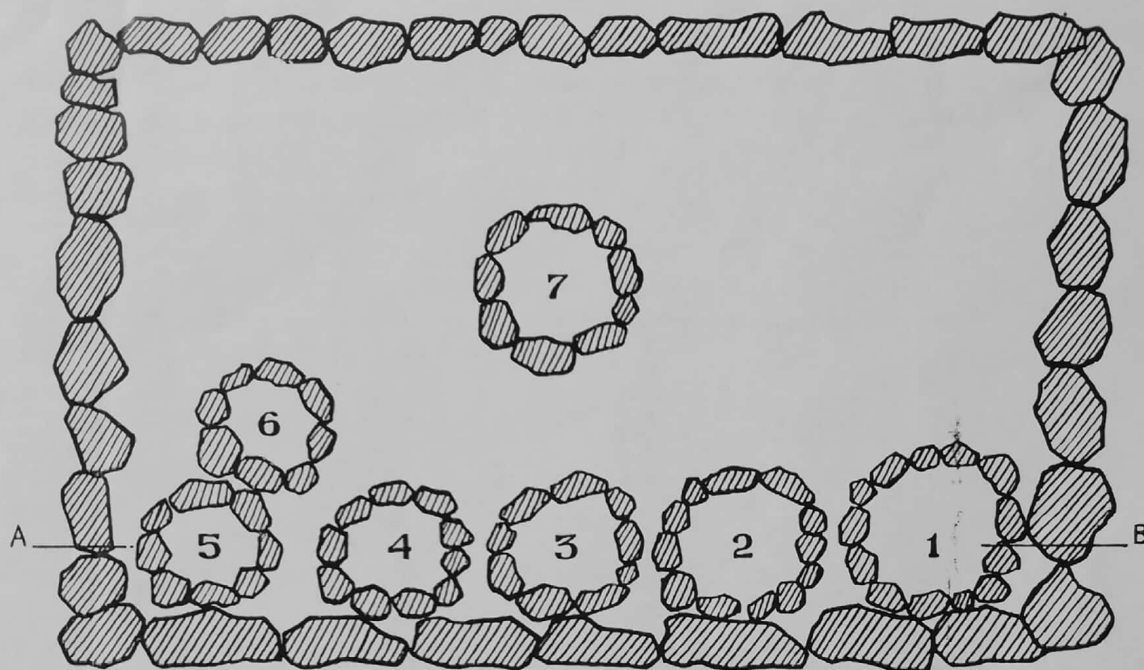
Como puede apreciarse en dicha figura, casi hacia el centro de la habitación se halló una cista de piedra circular y sobre el costado lateral de la habitación 5 cistas circulares (numeradas de 1 a 5). Sobre uno de los lados menores del rectángulo encontró otra cista (n.º 6) y casi hacia el centro, otra (n.º 7).

En la cista n.º 4 se halla un único esqueleto y en las otras cistas los siguientes elementos:

| Cista | Total |
|--|-------|
| I. 2 pucos n.º 1432 y 1433 | 2 |
| II. 70 pucos n.º 1434 al 1503. 1 ollita n.º 1504 (o 1450) (?); y 1 tinajita n.º 1505. | 72 |
| III. 20 pucos n.º 1507-3727, 1527-3776 | 20 |
| IV. 1 puco n.º 1506-3620 | 1 |
| 1 esqueleto «sin nada». | |
| V. 60 pucos n.º 1528-3677 a 1588-3615. 2 «wirkis» n.º 1589 y 1590. 1 máscara n.º 1591 (3634-3866). 1 pedazo de metal -1592. 4 perlas (?) n.º 1593; y 1 género (?) n.º 1594 | 69 |
| VI. 6 pucos n.º 1595 a 1600. 1 jarrito n.º 1607. 3 «wirkis» n.º 1609 y 1610 (?). 2 jarros (?) n.º 1611 a 1614. 2 pucos n.º 1612 y 1613. 1 (?) n.º 1614 | 15 |
| VII. ? | |
| Total objetos del ajuar | 179 |

3. Libreta n.º 1, Primera expedición, p. 52 y ss.

PLANTA



CORTE A-B

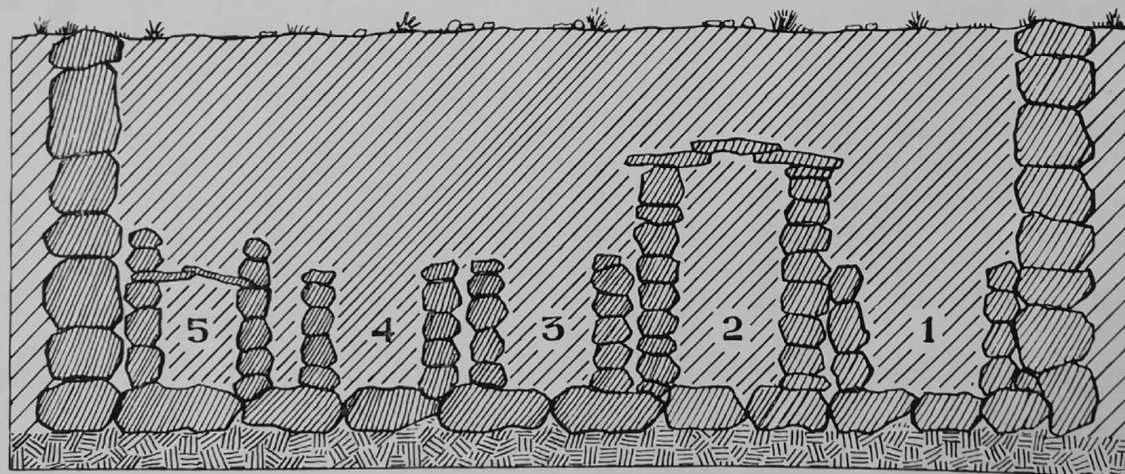


Fig. 3. — Corte y planta de un recinto de Puerta Juella de Maidana donde se halló la máscara n.º 2.

De los datos que preceden, aunque poco seguros e incompletos, sería posible deducir que el único inhumado en la cista n.º 4 era, en realidad, el dueño o el destinatario del rico ajuar fúnebre de toda la habitación.

Un ajuar fúnebre de 179 piezas, entre metal y alfarería, es, en esta cultura, un ajuar excepcional. Se trata, pues, de un sujeto de un especial status social. Un detalle importante es que la máscara no acompañaba al parecer al inhumado directamente. No fue colocada sobre la cara del difunto, sino que apareció como un



Fig. 4. — Máscara de plata y oro. Puerta Juella de Maidana. N.º 3867.

objeto más de su numeroso ajuar fúnebre. No podemos descartar que se trata de un error de inventario; en efecto, los hallazgos fueron hechos en dos días diferentes (21 y 22 de abril), pero el detalle del diario es claro: la máscara se halló en la cista n.º 5, el esqueleto procede de la n.º 4.

De cualquier manera es interesante comparar el ajuar fúnebre hallado en esta habitación con los encontrados en el vecino yacimiento de Juella excavado por Cigliano (Cigliano, 1967, p. 168 y ss.)

1.3. PUERTA DE JUELLA (N.º 3). N.º 3867 (1592), fig. 4.

Procedencia: Puerta de Juella de Maidana, Prov. de Jujuy.

Colección: Muñiz Barreto. Museo de La Plata.

Hallada por: Carlos Schuel.

1.ª Expedición. B. Muñiz Barreto. 1919-1920.

Medidas: La pieza está mutilada. La parte conservada, de 210 mm. de ancho.

Composición química realizada, como el anterior, por el doctor J. A. Retamar; misma comunicación, análisis B:

| | % |
|--|-------------------------------------|
| Plata..... | 73,5 |
| Oro..... | 16,6 |
| Cobre..... | 1,1 |
| Hierro y Aluminio..... | Vestigios. |
| Níquel..... | No revelado con dimetilglioxima. |
| Zinc..... | 0,9 |
| Estaño, Antimonio y otras impurezas..... | 7 |

La composición química sería bastante semejante a la anterior, ya que se trataría de una mezcla de plata y oro, en este caso con un porcentaje más bajo del último componente, pero en ambos con una cantidad escasa de cobre. Se diferencian en la presencia de zinc, en este segundo ejemplo, y de estaño y antimonio, no sólo presentes, sino abundantes.

Condiciones de hallazgo.

Hacia los comienzos de enero de 1920 se consigna que el trabajo de excavación está detenido (Diario, 1.^a expedición, p. 52). El 25 de marzo se consignan

PLANTA

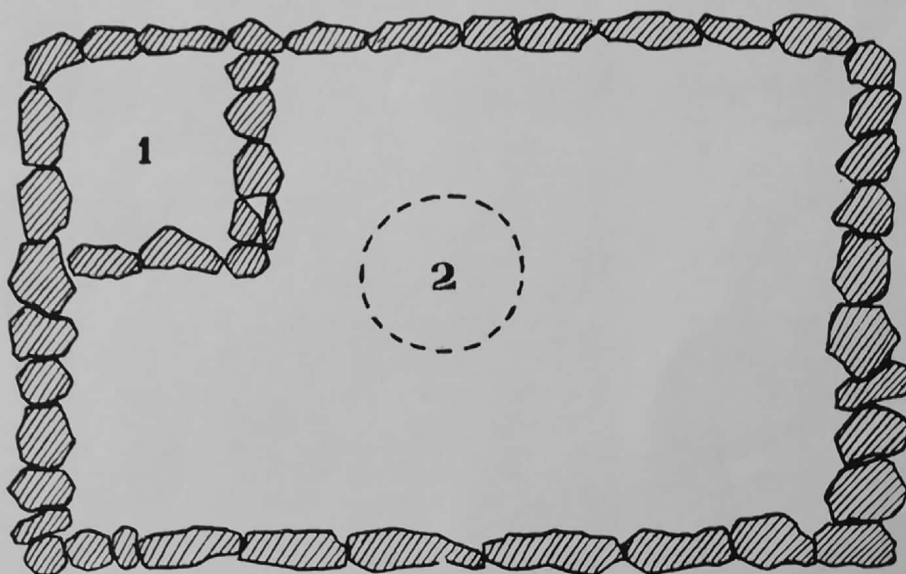


Fig. 5. — Planta del recinto donde se halló la máscara n.º 3867 y la vincha n.º 1339.

algunos hallazgos. El día 28 de marzo trabaja en una habitación rectangular, cuyo esquema presenta de manera muy concisa (fig. 5). Los hallazgos se consignan de manera muy clara «... en 2 un esqueleto muy deshecho. En la calavera había una cinta de estaño (?) (1337) y una máscara de estaño (?) (1338). Después se hallaron los pucos n.º 1332 a 1356». En el esquema se agrega que la pequeña cista angular de la habitación (n.º 1) se halló vacía. Aun con estos sencillos datos no

queda duda de que se trata de una máscara metálica mortuoria. El carácter de «estaño», que Schuel atribuye al metal, se debe a una presunción personal basada en el aspecto externo de la pieza, fuertemente corroída y oxidada.

El resto del inventario patrimonial del yacimiento consiste en los seis pucos que llevan los números: 1332 a 1337.

Todo este material cerámico, como el hallado en la pieza anterior, debió confundirse al ser catalogado en forma definitiva, de manera que su tipología, que hubiera resultado de fundamental importancia para la determinación contextual, es necesario dejarla de lado por resultar altamente insegura, o directamente equivocada.⁴

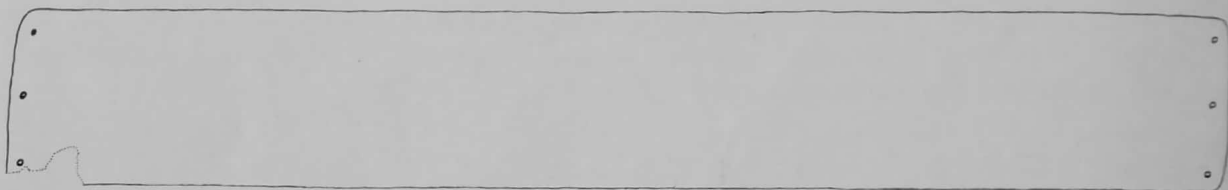


Fig. 6. — Vincha de plata n.º 3868, hallada junto con la máscara n.º 3867.

La vincha de metal lleva el n.º 1337 («cinta de estaño» en el diario, p. 52) y el 3868 en el catálogo general (fig. 6).

Fue también analizada por el doctor J. A. Retamar — Análisis C — con el siguiente resultado:

| | % |
|--|---|
| Plata..... | 90,6 |
| Oro..... | Vestigios. |
| Cobre..... | 1,6 |
| Hierro y Aluminio..... | Vestigios. |
| Níquel..... | Vestigios apenas revelados con la dimetilglioxima. |
| Estaño, antimonio y otras impurezas... | 5,6 |

Como se aprecia, se trata de un porcentaje muy elevado de plata. El oro casi ha desaparecido; manteniéndose el cobre en el mismo nivel anterior. Es decir, que es probable que se trate de una impureza del yacimiento original de donde se obtuvo la plata.

El contorno de esta máscara debió ser, al igual que el de la anterior (1.2), casi cuadrangular. En ambos casos, como en los demás ejemplares, los ojos están marcados por dobles líneas repujadas. En este espécimen la boca está mutilada, pero en el de la fig. 2 existen claras indicaciones de dientes.

1.4. TILCARA (N.º 4). N.º 1774, fig. 7.

Procedencia: Tilcara, lugar desconocido; Dto. Tilcara, Prov. de Jujuy.

Colección: Instituto de Antropología de la Universidad Nac. de Tucumán.

Colcción: Instituto de Antropología de la Universidad Nac. de Tucumán.

Medidas: Alto: 242 mm. Ancho máximo: 178 mm. Ancho mínimo: 141 mm. Peso: 106 gr.

4. Al separar las piezas de alfarería por los números de catalogación, comprobamos que parecen haberse agrupado no por el lugar donde fueron halladas, sino por «tipos» o formas.

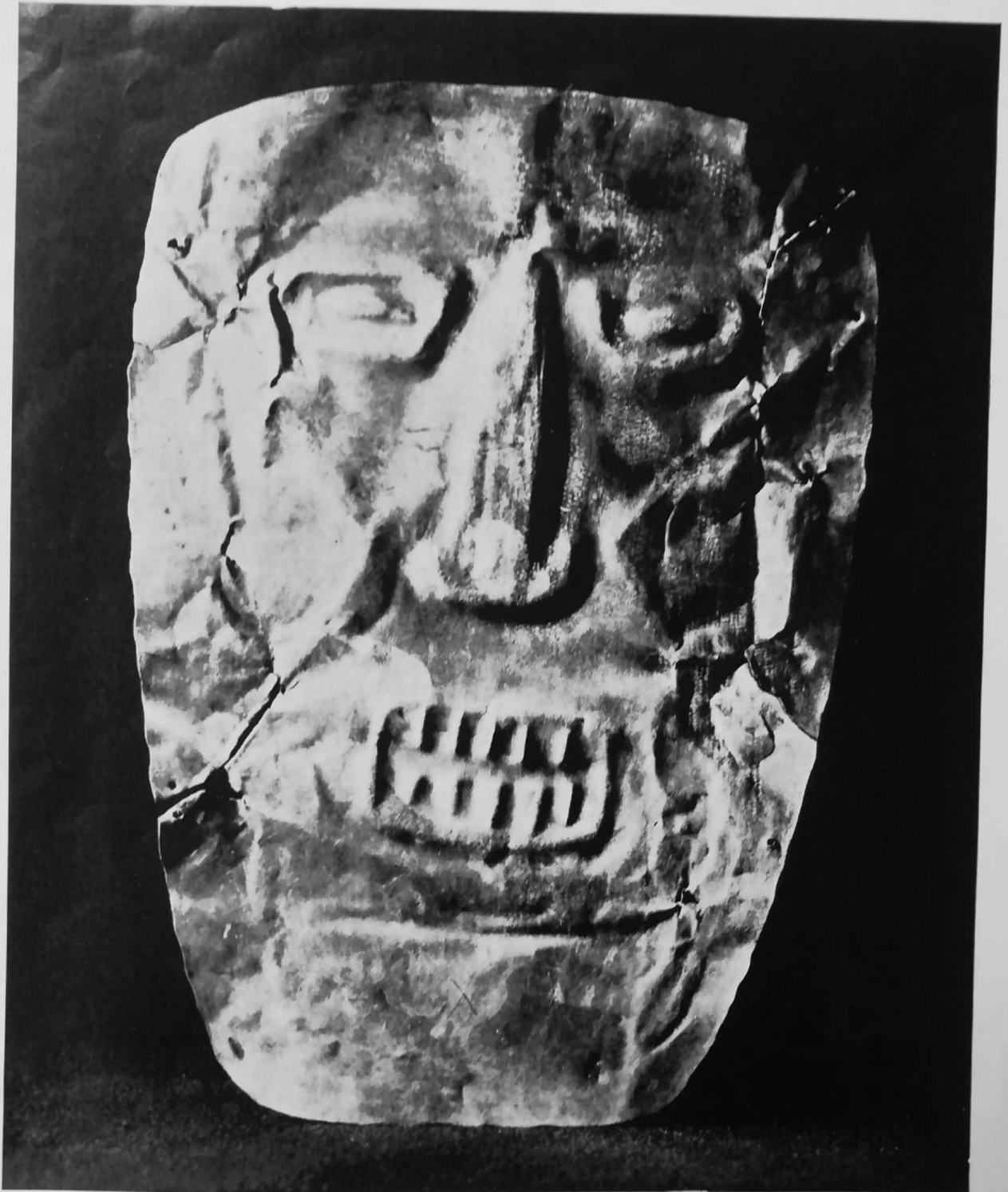


Fig. 7 — Máscara de oro n.º 1774. (Museo del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán.)

Esta pieza, al igual que la que sigue, fue dada a conocer por Uriondo (1952-54, p. 19). En su descripción dice: «Máscara de oro laminado. Los rasgos fisonómicos que configuran la misma están indicados por medio del repujado con relieve hacia la cara anterior».

Son notables la doble fila de dientes y los ojos ovales, la nariz de dorso ancho que contrasta con el ejemplar que sigue. Los ojos son horizontales. El contorno del rostro es ligeramente trapezoidal. Un detalle de interés, no mencionado en el trabajo antes citado, es la presencia de abundantes restos de pintura roja en ambas caras de la pieza. Lleva agujeros en los bordes de una rotura, lo que significa que se hallaba rota y fue arreglada. Quizás este hecho estaría en contradicción de que se trata de un objeto mortuario, es decir, que pudo tener otro uso, pero la falta de agujeros en las pupilas acrecienta la posibilidad de su uso como máscara funeraria.

Lleva cuatro agujeros de suspensión, dos a cada lado; además de los dos pares de agujeros sobre los labios de una rotura antes mencionados; rotura al parecer antigua.

1.5. TILCARA (N.º 5). N.º 1792, fig. 8.

Procedencia: Humahuaca, Dto. de Tilcara, Prov. de Jujuy.

Colección: Museo del Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán.

Medidas: Largo : 185 mm. Ancho máximo: 155 mm. Ancho mínimo: 97 mm. Peso: 95 gr.

Fue dada a conocer por Uriondo (1952-54, p. 22) en una somera descripción. Se ignoran las condiciones de hallazgo.

El contorno del rostro es casi oval; los ojos son ovales y bien horizontales, la boca lleva doble fila de dientes repujados. Lleva cuatro agujeros de suspensión o amarre, dos en la prolongación del ángulo palpebral externo y dos en la proyección de la comisura labial. En la cara posterior se hallan, también en este espécimen, abundantes restos de pintura roja.

Nosotros tratamos de obtener alguna información sobre las dos máscaras precedentes logrando — gracias a una información del doctor P. Krapovickas — comunicarnos con el señor Leonardo Pereyra, conocido vecino de Tilcara, quien en su carta del 4-VIII-69 nos decía lo siguiente: «De las máscaras que usted menciona (se refiere a una carta nuestra anterior), publicadas en la Revista del Instituto de Antropología de Tucumán, sólo una fue mía. Debo tener algunos datos, que no he encontrado; ahora sólo puedo darle muy poca información. El hallazgo fue hecho en la parte baja de la Isla, donde actualmente se hallan terrenos de sembradíos. El lugar exacto no podría precisarlo, ya que fue hallada hace unos treinta años... Creo que varias de las máscaras publicadas son de Tilcara...»

1.6. HUACALERA (N.º 6). No tiene número de catálogo, fig. 9.

Procedencia: Huacalera, Dto. de Tilcara, Prov. de Jujuy.

Colección: Privada, del señor André, Huacalera.

Medidas: 146 mm. de ancho y 169 mm. de largo.

Conocemos este hallazgo por una información y dos fotografías tomados por el Prof. C. Leonardi, de la Universidad de Córdoba, y los dibujos de esta pieza

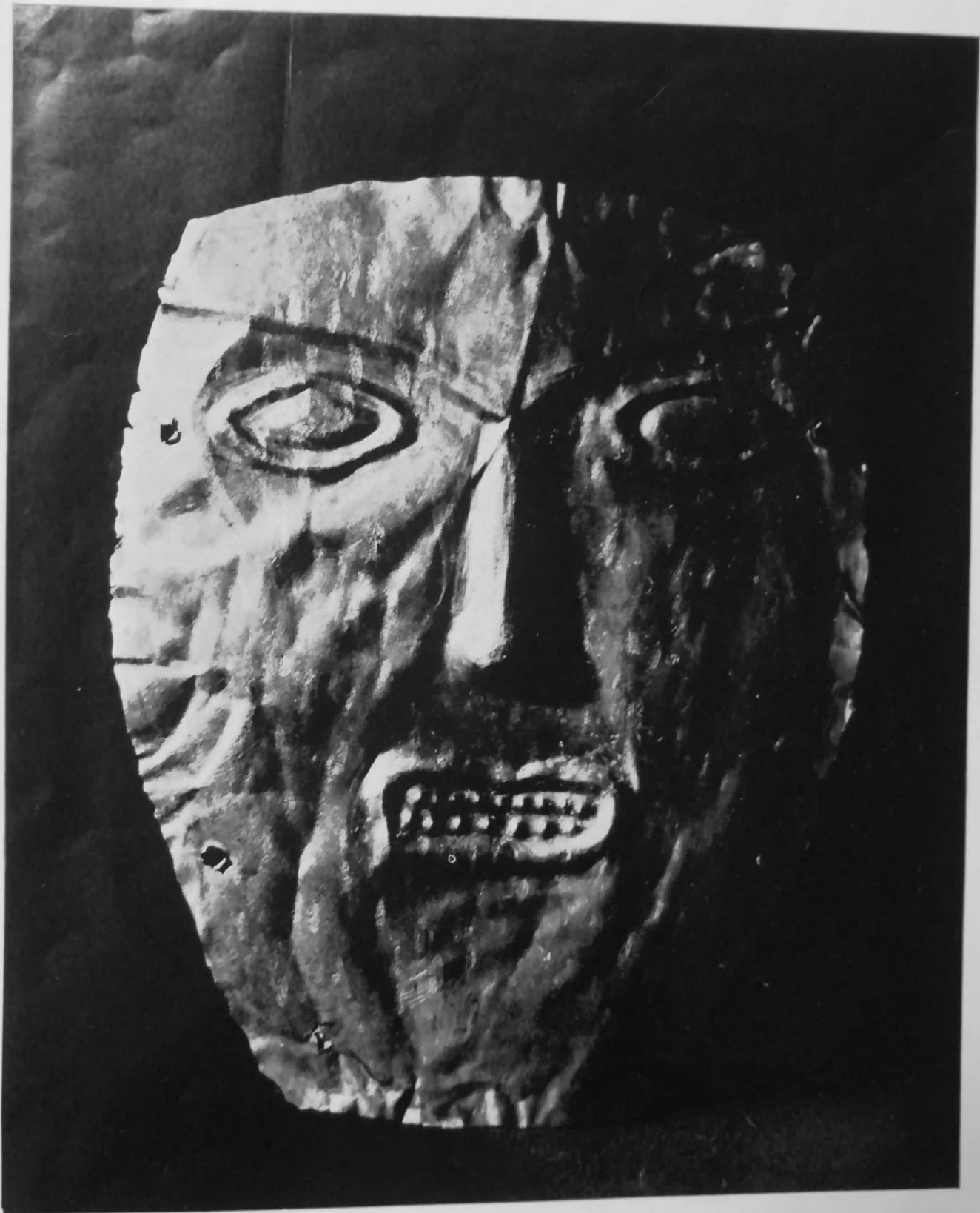


Fig. 8. — Máscara de oro n.º 1792. (Museo del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán.)

hechos por don Domingo R. Menseguez sobre los especímenes originales. En la fig. 9 hemos reproducido uno de los dibujos de esta máscara. Puede advertirse el diseño, altamente simplificado, de los rasgos anatómicos, que, al igual que en los casos anteriores, se indican mediante líneas dobles repujadas. El contorno del rostro es trapezoidal y está recortado en una delgada lámina de oro.



Fig. 9. — Máscara de oro hallada en la Finca Monterrey, Huacalera. (Colección Sr. André.)

El hallazgo se hizo dentro de la finca Monterrey, de propiedad del señor André, de esta localidad. Muy importante son los objetos que, parece, acompañaban a esta máscara, algunos de los cuales reproducimos en la figura 10. Se trata de un objeto de hueso, tallado (a) en forma de figura antropomorfa; una campanilla de oro (b) y un anillo con cazoleta de engarzar soldada, también de oro (c).

El doctor Leonardi me entregó también una fotografía donde, además de las máscaras y los objetos mencionados, aparecen otros seis objetos de oro. Uno de ellos resulta difícil de definir con la sola fotografía; pero los otros cinco parecen

ser adornos cefálicos laminados; del tipo que se utilizaban sobre las «vinchas» de lana. Parece que todos los objetos proceden del mismo hallazgo. También se hizo entrega de otra fotografía que reproduce 8 piezas de alfarería, las que quizá podrían haber pertenecido al mismo hallazgo, cosa que de ninguna manera hemos podido comprobar con informaciones fehacientes. De cualquier manera es importante consignar que al parecer todas estas piezas cerámicas pertenecen al tipo Isla Polícromo.

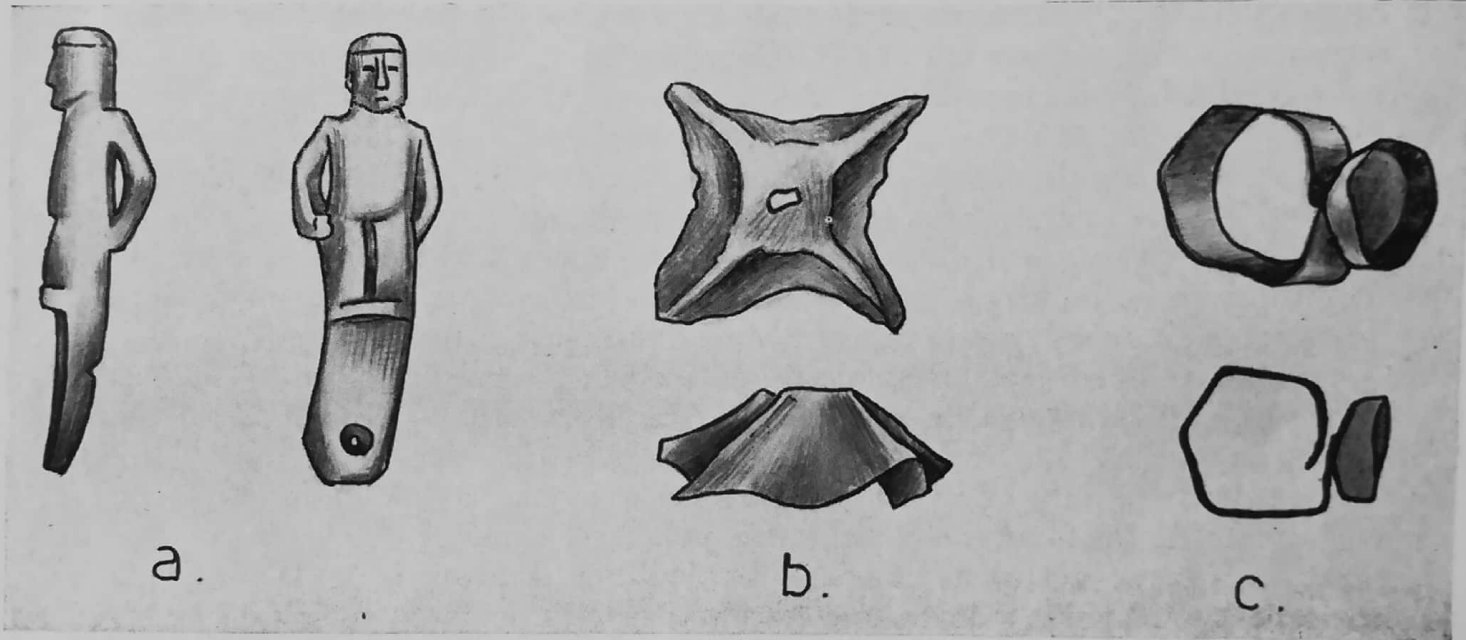


Fig. 10. — Objetos de hueso (a) y oro (b y c) que acompañaban a la máscara de la figura 9.

Resumiendo las anteriores informaciones tendríamos que de seis máscaras conocidas dos proceden, con bastante seguridad, del yacimiento de Puerta Juella de Maydana, en el que han hallado, según la colección Barreto, ejemplares de alfarería Isla. Una máscara procedería de Tilcara, sin asociación conocida. Otra de la Isla y otra de Huacalera; esta última pertenecería, con bastantes posibilidades, a la cultura Isla. Ya sabemos que los cementarios de la Isla se caracterizaron por el hallazgo de algunos objetos de oro, no muy frecuentes en otros yacimientos de la Quebrada (Debenedetti, 1910, fig. 174). Las piezas ilustradas por Debenedetti (2992 a 2999) son idénticas a las halladas, al parecer, con la máscara n.º 6.

El ejemplar hallado en el sitio de la Isla, según la información del señor Pe-reyra, tiene muchas posibilidades de pertenecer a la cultura homónima. En cuanto al ejemplar n.º 1; su indicación como hallado en Laguna Blanca, estaría francamente equivocada, ignorándose, por lo tanto, su origen.

Es decir, que de los seis ejemplares de máscaras metálicas del noroeste argentino conocidas hasta ahora, cinco fueron halladas, a ciencia cierta, en la Quebrada de Humahuaca; tres asociadas, probablemente, a la cultura o facie de la Isla, y otras dos sin poder ser definidas. Es decir, que el uso de la máscara funeraria de metal habría comenzado en la Quebrada de Humahuaca en el Período Medio (cultura o facie Isla-Alfarcito), para continuar, quizás, al comienzo del Período

Tardío y luego desaparecer. En efecto, pese al gran número de yacimientos Tardíos explorados y conocidos, este tipo de hallazgos no ha vuelto a repetirse.

Por otro lado, aún en el Período Medio, las máscaras y los objetos de adorno personal, de oro, aunque proporcionalmente mucho más abundantes que en el Período Tardío, no fueron objetos comunes, sino de excepción.

Nosotros propugnamos la idea, basada en fundamentos diversos que no es al caso exponer aquí, que el desarrollo cultural del Período Medio se debe a influencias indirectas ejercidas sobre el noroeste argentino a partir del Horizonte Medio de los Andes Meridionales, en su período de apogeo y expansión. Esas influencias se asentaron sobre grupos culturales diferentes en la región Valliserrana Central y en la Quebrada de Humahuaca. Por otra parte debieron corresponder a varios momentos distintos, es decir, tuvieron ligeras variantes diacrónicas.

Las máscaras de metal, especialmente de oro, parece que en los Andes Centrales adquirieron su mayor difusión después de la influencia del Horizonte Medio en esas regiones.⁵ Es cierto que en el mismo riawanaco no se han encontrado estos elementos; pero los hallazgos más abundantes en la costa parecen corresponder a las etapas post-tiahuanaco y posteriores a éste. No es aventurado, pues, suponer que en Humahuaca obedece al mismo tipo de influencias culturales; pues no deja de ser sugestivo el momento de *aparición* de estas interesantes piezas.

Pero no sólo interesa la presencia de las máscaras, sino lo que ellas significan o señalan desde el punto de vista cultural. En efecto, su elaboración, el trabajo y el conocimiento de las fuentes de la materia prima, el carácter de excepción que presenta y la riqueza del ajuar asociado hablan del «status» o de la jerarquía del usuario de las máscaras y joyas que en algún caso la acompañan. Es decir, no sólo presuponen conocimientos de técnicas, sino el de este conocimiento puesto al servicio de alguien que detenta una jerarquía; que tiene ciertas prerrogativas sobre algunos especialistas; dentro del grupo social en el cual estos sujetos especializados (mineros, orfebres) rinden tributo o están sujetos de alguna manera. No vamos a entrar aquí en el difícil problema de la organización socio-política de los antiguos habitantes de la Quebrada de Humahuaca. Ello requeriría un espacio más amplio que el que aquí tenemos, y otra monografía quizá tan extensa como ésta.

Sabemos que los pueblos de la Quebrada de Humahuaca en el momento de la conquista estaban unidos para luchar contra el enemigo común. Pero lo que no sabemos es si esta unión databa o no de mucho antes. No es posible descartar que existieran grupos de poblaciones que respondieran a un solo jefe; o que un solo jefe señoreara una buena parte de los pueblos del Valle, es decir, que pudo existir una organización socio-política algo más compleja y desarrollada que la del simple nivel tribal. La arqueología no ha aportado ningún dato hasta aquí, porque no ha habido ningún esfuerzo en deducir o inferir de lo arqueológico conclusiones socio-políticas. Por ahora no hay duda de que status o jerarquía de personajes importantes quedan de manifiesto con el tipo de hallazgo que hemos señalado. El situar los alcances y sentidos de esas jerarquías es un próximo paso que debemos emprender y sobre el que esperamos volver.

5. Sin desmedro a que su origen sea algo anterior.

1.7. OTRAS MÁSCARAS DEL NOROESTE ARGENTINO.

Fuera de las máscaras de metal que aquí estudiamos se conocen, en la arqueología argentina, y exclusivamente en el noroeste una serie de máscaras arqueológicas de cuero, terracota, madera y piedra. Probablemente las más interesantes son estas últimas. También se conocen un gran número de máscaras etnográficas de distintos pueblos. Un estudio completo de los especímenes conocidos está fuera de los límites de este artículo, pero hay referencias abundantes en la tesis de Mario Cellone (Cellone, s. f.).⁶

Aquí veremos, sucintamente, lo que se refiere a las máscaras arqueológicas y sus implicancias culturales y las informaciones que puedan servirnos para su posible posición cronológico-contextual, y al mismo tiempo intentar establecer el origen de las corrientes culturales que las originan, para aclarar en lo posible el conocimiento también de las máscaras metálicas.

1.7.1. *Máscaras de cuero.*

Cellone (op. cit., p. 69 y ss.) ha historiado las máscaras arqueológicas de cuero conocidas mencionando:

1.7.1.1. Tres o cuatro especímenes a los que hace referencia Aguiar, halladas a fines del siglo pasado en el noroeste de San Juan. El contexto cultural es desconocido, ya que no puede tomarse en cuenta la diagnosis de Aguiar, en ese sentido. Se desconoce también el paradero final de dichas piezas.

1.7.1.2. Otro ejemplar (el n.º 4 o 5) es de la provincia de Jujuy, hallado por el doctor Casanova en Doncellas, y conservada en el Museo Etnográfico. Por desgracia no ha sido publicada y desconocemos los datos de asociación cultural que permitirán ubicarla en un determinado contexto.

1.7.1.3. Uno o dos ejemplares deben hallarse en el Museo de Gotemburgo, según referencias que hace años nos proporcionara el doctor Alfredo Metraux; piezas que no hemos tenido ocasión de conocer.

1.7.2. *Máscaras de madera.*

El único ejemplar que conocemos, que ha sido reproducido y mencionado varias veces es el de Loma Morada, provincia de Catamarca, publicada por Palavecino, (1944). Por desgracia su ubicación cultural resulta imposible, ya que se carece de información sobre el hallazgo; su designación como «calchaquí» es, desde todo punto de vista, injustificada.

1.7.3. *Máscaras de terracota.*

Sólo dos ejemplares de máscaras de terracota son conocidas hasta ahora, y los dos tienen interés para nosotros por sus implicancias. El primero fue descrito por A. Serrano (1961) y fue hallado en las excavaciones del Infante; posee orificios de suspensión, es de tamaño pequeño «... como para cubrir media cara». Si esta mascarilla (masquette) pertenece a la cultura de San Francisco, resultaría de gran

6. Puede consultarse en la biblioteca del Museo de La Plata.

interés, pues los estudios recientes y un fechado obtenido por Bernardo Dougherty fijarían esa cultura cerca de la mitad del primer milenio a. C., es decir, que la máscara sería patrimonio de una de las más antiguas culturas agro-alfareras del noroeste argentino.

Un segundo ejemplar, mutilado hacia la mitad de su alto, fue hallado en el Pucará de Iilcara (Canals Frau, 1958) y presumiblemente pueda ubicarse dentro de la cultura Humahuaca. Las condiciones de hallazgo no permiten inferir que se trate de una máscara mortuoria.

1.7.4. Máscaras de piedra.

Por diversos motivos, que luego mencionaremos, las máscaras de piedra del noroeste argentino son las más interesantes de toda la serie.

Hoy se conocen un buen número de ejemplares. Cellone (op. cit., p. 74 y ss.) historió en su trabajo las conocidas hasta ese momento. Nosotros reproduciremos su lista y agregaremos algunos otros ejemplares; entre ellos, el único que posee condiciones de hallazgo conocidas.

1.7.4.1. El Museo Galchaquí (Catamarca) poseyó nueve (Cellone presenta diez, pero creo que una de ellas es dudosa como máscara). De éstas, una se perdió. Fueron estudiadas por Cellone (op. cit.). Llevan los números 160; 259; 1.943; 19.436; 156; 243; 227; 1.664; 2.050. La procedencia es la siguiente: La Puerta (Dto. Ambato) (1); Ambato (1); Londres (4); Belén (1); El Eje (1), y Calchaquí (?). Es decir, que la distribución geográfica es desde el Valle de Santa María por el norte hasta Londres y Ambato por el sur.

De estos ejemplares, ocho llevan agujeros de suspensión, y las medidas oscilan entre 15 cm. de alto y 10 de ancho a 28 cm. de alto por 25 de ancho. El peso oscila entre 650 y 4.040 gr. (Estos últimos datos son tomados de Segura; 1963.)

1.7.4.2. Otras dos máscaras de piedra son: una de Fuerte Quemado, descrita por Quiroga, y otra denominada «Romaña», también de origen Catamarqueño (Cellone, op. cit., p. 76).

1.7.4.3. En el Museo Etnográfico de Buenos Aires se guardan tres ejemplares de máscaras de piedra: dos procedentes de Catamarca, la tercera se ignora su origen (Cellone, op. cit., 80).

1.7.4.4. Tres ejemplares se guardan en el Museo de La Plata. Dos de ellos han sido descriptos por Palavecino. El tercero es un ejemplar de piedra, de rasgos apenas esbozados. La nariz y cejas forman una línea así continua, como en los ejemplares antes mencionados. La boca es una saliente redondeada. Tampoco tiene agujeros laterales. Da la impresión de estar incompleto. Fue hallado en el cementerio n.º 5 de La Ciénaga, en el Valle del Hualfín, por la 8.ª expedición Muñiz Barreto. Se conoce un corte y planta de la tumba (n.º 22) que reproducimos en la fig. 11. Allí puede observarse que la máscara se halló casi a los pies del esqueleto de un sujeto adulto. El ajuar fúnebre se componía de dos piezas de cerá-

mica tosca. Este cementerio pertenece predominantemente a la cultura de La Ciénaga, de manera que aunque las piezas no son del todo características, es probable que la tumba se pueda incluir en aquella cultura o en la facie más antigua de la cultura Condorhuasi Facie Diablo). Hay que hacer notar que de un millar de tumbas Ciénagas ésta sería la única en que se hallara una máscara de piedra.

CORTE

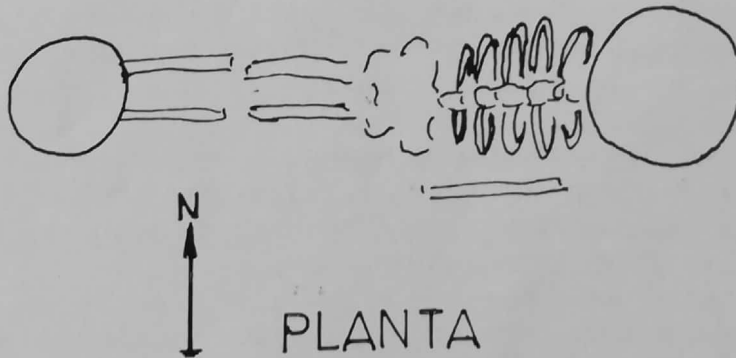


Fig. 11. — Corte y planta de la tumba n.º 22; cementerio V.

N.º 225, es un puco cónico de alfarería tosca; n.º 226, es la máscara (inconclusa?) de piedra; n.º 227, un fragmento de roca semitrabajado. Según la libreta de campaña de W. Weiser; libreta n.º 33, pág. 45. — M. L. P.

1.7.4.5. En el Museo del Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán, hay dos ejemplares, que fueron descritos por Palavecino; uno procede del Solco, Drto. de Concepción; el segundo ejemplar procede del Campo del Cerro Colorado, el que debe ser un sitio cerca de Hualfín; Drto. de Belén.

1.7.4.6. Otros ejemplares son los siguientes: uno perteneciente al Ing. Di Tella, originalmente de la colección Frías Silva y fue hallado en Tafí del Valle; otro ejemplar pertenece a Samuel Paz; y de un tercero hemos visto un calco, en poder del doctor López de Gómara.

1.8. COMENTARIOS Y REFERENCIAS A CONTEXTOS.

En total son conocidos hasta ahora veintidós ejemplares. Algunas características comunes predominantes en la serie son: la forma del tratamiento de las cejas, que constituyen, con la nariz, un todo continuo formando una T; los agujeros periféricos; las líneas de colores sobre mejilla o frente. La nariz, fuertemente aguilena, saliente, que les da aspecto ornitomorfo, existe por lo menos en tres especímenes. La distribución geográfica está definida abarcando gran parte del norte y oeste de Catamarca y la zona limítrofe del Valle de Tafí.

Lo desgraciado del asunto es que de los veintidós ejemplares conocidos, sólo uno tiene información científica sobre las condiciones de hallazgo. Esto se debe básicamente a la situación de saqueo y venta incontrolada de objetos arqueológicos a que se ha visto sometido el noroeste argentino en las últimas décadas. De haberse tenido información sobre los hallazgos, el carácter funcional y contextual de las máscaras de piedra hubiera podido deducirse con gran aproximación. Por ahora sólo queda el terreno de la conjetura o de la hipótesis con escasos elementos de juicio.

Respecto al valor funcional, creemos que pueden plantearse dos posibilidades principales:

- a) Que se trate de máscaras ceremoniales;
- b) Que se trate de máscaras funerarias.

Conspira contra la primera hipótesis el peso de algunos ejemplares (hasta 4,040 Kg. en un ejemplar de Catamarca), el que, sin embargo, técnica y estilísticamente se liga al conjunto de máscaras análogas. La falta en tres especímenes de agujeros de suspensión, también puede ser argumento; aunque en uno de los casos se puede tratar de una máscara incompleta (ejemplar de la tumba antes mencionada).

Los ejemplos de máscaras funerarias de la Quebrada de Humahuaca y las de San Pedro de Atacama (ver más adelante) podrían servir de argumentos en favor, pero se trata de culturas y contextos diferentes y diferente cronología. Se trata sólo de un argumento de analogía indirecta.

En cuanto al punto *b* no hay argumentos muy sólidos. El peso tan notable de una de las piezas habla en favor de que pudo estar asociado a un fardo funerario, o el cadáver de un sujeto. El único ejemplar cuyas condiciones de hallazgos son conocidas no tuvo carácter funerario. La máscara fue en esa tumba una ofrenda más.

En cuanto al contexto a que pertenecen estas máscaras sólo podemos realizar una aproximación tentativa. Pueden usarse varios argumentos, los que tienen muy distinto valor:

- a. Argumentos inductivos:
 1. La asociación del único ejemplar documentado.
 2. El carácter estilístico de los ejemplares.
- b. Argumentos deductivos:
 1. Lo conocido respecto a la técnica lítica y específicamente de la escultura en piedra del noroeste.
 2. Distribución geográfica.

a.1. El único ejemplar con asociación conocida pertenece a la cultura de la Ciénaga o al complejo Tafí-Condorhuasi. Su situación cronológica aproximada es entre los años 100 y 350 de e. C. Cabe preguntarse ante la ausencia de piezas diagnosticadas asociadas si no se trata de un elemento intrusivo en la cultura Ciénaga o de la persistencia de una etapa anterior o de influencias de una cultura contemporánea. Muchos elementos de la cultura Ciénaga sabemos son perduración de elementos Condorhuasi, y entonces este espécimen bien podría pertenecer a ella.

a.2. En cuanto al carácter estilístico podríamos anotar algunos rasgos de interés:

Las narices anormalmente salientes que presentan tres de las máscaras conocidas, recuerdan de inmediato algunas imágenes similares modeladas en barro: algunas pipas Ciénagas; una ocarina del Alamito, algunas figuras zoomorfas del Condorhuasi policromo. Pero las bocas redondas son idénticas a las de algunas urnas antropomorfas San José o Hualfín. También el tratamiento de las cejas y nariz en una T continua. Es decir, que por un lado tenemos similitudes con estilos pertenecientes a culturas del Período Temprano y por otro con culturas del Período Tardío; lo que no resuelve la situación. Sin embargo, el mayor conjunto de rostros humanos tallados en piedra, a veces con grandes similitudes a los de las máscaras, se dan en recipientes antropomorfos, a menudo duales, o en «fuentes de piedra» pertenecientes al complejo Tafí-Alamito-Condorhuasi.

En cuanto al punto b.1; todo lo que conocemos hasta ahora del desarrollo cultural del noroeste apunta hacia un auge muy importante de la escultura en piedra, en el Período Temprano en las culturas antes mencionadas, y su disminución progresiva, hasta casi su desaparición, en el Período Tardío; de manera que sin poder descartar una excepción todo apunta a ubicar las máscaras, de piedra en un contexto Temprano. En cuanto al punto b.2; puede decirse, en primer término, que la aparición de una máscara en Tafí del Valle, de primorosa ejecución y estilo algo diferente a las del grupo del Valle de Hualfín (Belén-Londres), indica que debió pertenecer a una de las etapas de la cultura Tafí, sin poder precisar a cuál de ellas. En los yacimientos del Alamito no fueron halladas; pese a que las excavaciones fueron sumamente amplias. Por lo tanto, las mayores posibilidades, llevan pues a incluirlas en el complejo Tafí-Condorhuasi.

2. COMPARACIÓN

2.1.1. CHILE.

Muy importante, por sus implicancias en la Arqueología del Área Andina Meridional, es la presencia de una costumbre incipiente de momificación existente entre los restos indígenas del norte de Chile, originalmente estudiados por Uhle. Entre los materiales hallados por este arqueólogo en El Morro de Arica, existe momificación y mascarillas de barro realizadas directamente sobre el rostro de los sepultados; algunas de estas mascarillas están pintadas.⁷

La cultura de cazadores recolectores marinos que originalmente Uhle deno-

7. Quizá perteneciente a una etapa algo más reciente de la misma cultura hay que mencionar el hallazgo de fragmentos de Cu en la boca de los inhumados (Óbolo de Caronte).

minara Aborígenes de Arica, se remonta, en sus comienzos, al 3.000 a. C. según recientes fechados de C 14 y se la denomina Chinchorro; ésta es seguida por la cultura Faldas del Morro (500 a. C. a 100-200 e. C.), donde continúan algunas prácticas precedentes, pero donde progresivamente se incorpora la agricultura incipiente y la cerámica (Núñez Atencio, 1970). Los hallazgos de mascarillas del norte Grande habían sido ya mencionadas por Latchman, quien refiere un caso que debe pertenecer al contexto Chinchorro o muy poco posterior a él y del cual dice: «Recordando el caso de un niño cuyo cadáver se encontró en una sepultura de Punta Pichalo. La cara se cubría de una mascarilla de tierra verde mezclada con una substancia resinosa dura y compacta y adornada de una larga cabellera» (Latchman, 1915, p. 109). Luego agrega, «en el Museo nacional de esta ciudad (Santiago de Chile) se encuentran varias máscaras de madera y una formada de la concha de una tortuga, todas procedentes de sepulturas de diferentes partes del país.» No sabemos si en estos casos fueron colocadas en la cara de los muertos o simplemente enterradas con el cadáver como parte del ajuar fúnebre.

Hallazgos arqueológicos muy interesantes son los efectuados por el P. Le Paige en San Pedro de Atacama. Por desgracia corresponden al sitio de Larrache, donde las condiciones de hallazgo son muy complejas (Le Paige, 1964, p. 54 y ss.). El hallazgo que nos interesa se hizo en la llamada «zona del Callejón», capa superior (2 a 3 m. de profundidad); allí aparecieron dos tumbas «... cuyos cuerpos portan máscaras de plata sobre la cara y como adornos menores las mismas de oro y turquesa de la capa inferior». La alfarería acompañante es del tipo San Pedro Negro y un vaso San Pedro Rojo pulido. Los vasos de oro son netamente tiawanacotas, lo mismo quizá que los adornos antropomorfos de turquesa. Pero hay otros hallazgos en que se encontraron placas de oro; así en el túmulo S. de Solor 3, se hallaron dos cráneos con placas de oro, una sobre los ojos y otra sobre la boca (op. cit., p. 57); lo mismo en Quitor 5 (op. cit., p. 60 y 61). Pero en estos casos parece tratarse de simples adornos frontales desplazados (ver lám. 145, p. 241). Por otra parte, las «máscaras» son simples láminas más o menos lisas (ver p. 198, fig. 1).

De la zona Atacameña proceden también algunas máscaras de madera sumamente interesantes. Referencias y descripciones de los ejemplares conocidos se hallan en el trabajo de Mostny (1958), quien ha señalado el carácter felínico de algunas de estas máscaras y su uso en determinadas ceremonias, especialmente las relacionadas con el «complejo del rapé» (que más propiamente sería el «complejo del cebil») y la cabeza trofeo. En efecto, algunas de estas máscaras, como el magnífico ejemplar del Museo Antropológico de Mónaco, ya mencionada por Boman y reproducida por la autora (fig. 2), es una réplica de las formas esculpidas en los tubos de inhalar la droga, las que a menudo reproducen el personaje del «sacrificador» provisto de máscara felínica. Es muy posible que gran parte de este complejo haya llegado al área Atacameña en el momento de la expansión tiawanakota. El personaje del «sacrificador», provisto de máscara felínica, hacha y cabeza trofeo, es representado con mucha frecuencia en la rica iconografía de la cultura de La Aguada, del noroeste argentino, la que creemos también se debió originar, en parte al menos, en influencias tiawanakotas.

Junto con las máscaras felínicas, como los ejemplares de Lluta y Calama hay otras, como la de Iquique, que reproduce rasgos totalmente humanos (op. cit.,

p. 385); pero no hay duda que, por lo menos las primeras, han sido puramente ceremoniales.

2.1.2. BOLIVIA.

Es curioso que en Perú el momento de auge de las máscaras funerarias de oro parece ser el período Intermedio Tardío, vale decir algo después de la gran ola de influencia Tiahuanaco-Wari. Sin embargo, en Tiahuanaco mismo, las máscaras de metal no han sido halladas. El hallazgo más próximo que conocemos es el de tres máscaras de oro, encontradas junto a otros adornos de oro, en Azángaro, sobre la costa noroeste del Titicaca (Ponce Sanginés, 1948, fig. 40). El problema es en sí muy complejo, pues tendríamos el hecho paradójico de que los difusores de una costumbre carecieron de la misma en su lugar de origen. Esto llevaría a varias hipótesis distintas.

1. Que la cultura Tiahuanaco no difundió el uso de las máscaras mortuorias de metal para los grandes personajes.
2. Que adquirieron la costumbre, la aculturaron desde un centro secundario y luego la difundieron desde este centro.
3. Que éste fue un rasgo Wari y no Tiahuanaco, lo que simplemente ampliaría el punto 2.
4. Que no se conservaron vestigios de la costumbre o simplemente que no se han hallado aún las pruebas pertinentes.

El punto 1 debe ser demostrado con pruebas suficientes. Todas las evidencias que no son definitivas ni muy abundantes apuntarían en favor y no en contra de Tiahuanaco como difusor de la costumbre. Sobre el punto 2 carecemos de argumentos; lo mismo que del punto 3, ya que no hay muchos elementos conocidos del contexto Wari, y básicamente sólo poseemos sus elementos alfareros y parte de los arquitectónicos.

En cuanto al punto 4 se pueden hacer algunas reflexiones y comentarios. Los problemas que a menudo plantean los estudios arqueológicos presentan numerosas facetas diferentes. Por ejemplo, la influencia de Tiahuanaco en San Pedro de Atacama, llevó allí una serie de elementos que no existían antes en la cultura San Pedro; entre numerosísimos items pueden anotarse:

1. Enriquecimiento del pre-existente complejo del Cebil (llamado rapé) con una abundantísima parafernalia de tabletas y tubos de madera y elementos asociados de cuidadoso e inconfundible estilo, muy bien tallados.
2. Sellos de estampar de madera.
3. Gran variedad de recipientes de madera, algunos con finas tallas en los bordes, especialmente fuentes y keros.
4. Gorros muy variados.
5. Keros de oro de trabajo inconfundible.

(Todos estos items los hemos tomado del Museo de San Pedro.)

No hacemos más que señalar unos pocos items muy notables. Sin embargo, ¿cuántos de estos objetos se conocen para el sitio mismo de Tiahuanaco? De la misma manera podrían plantearse varias explicaciones con respecto a la falta de hallazgos de máscaras. Entre ellas, que hasta ahora no se han encontrado las tumbas de los jefes de Tiahuanaco, las que podemos suponer debieron ser suntuosas. Si las máscaras de oro sólo estuvieron reservadas a los máximos jefes (reyes?), la falta de los restos de ellos supone la falta de las primeras. Pero aquí se nos ocurre preguntar: Si por una coincidencia los tiahuanacos tuvieron la costumbre de embalsamar a sus soberanos y mantener sus momias con los objetos preciosos, máscaras inclusive, en determinados edificios y mostrarlos periódicamente al pueblo, tal como hacían los incas con sus soberanos, ¿qué pudo conservarse de ellos al colapso de la hegemonía tiahuanacota? Tal como ocurrió con los incas a la caída del Cuzco con la invasión española. Pero existen tantos elementos en común entre la cultura tiahuanacota y la incaica, que la coincidencia no resulta del todo descabellada. En nuestra ciencia las soluciones de certidumbre que pueden darse con pruebas controlables o definitivas son por demás escasas y hay muchas pruebas, definitivamente desaparecidas.

2.2. ANDES CENTRALES.

2.2.1. PERÚ.

Prácticamente no hay colección arqueológica de Perú de cierto interés donde no aparezcan máscaras de metal, de madera o tela.

Las máscaras funerarias metálicas peruanas son conocidas desde hace muchos años; ya en 1897, Dorsey publicó un ejemplar de Cu procedente de Chimbote (Dorsey, 1897). Otros dos ejemplares de la misma procedencia fueron publicados por Schmidt (1929, p. 374), ambos son de Cu, uno sin agujeros en las pupilas, pero con agujeros laterales de suspensión; entre otros ejemplares ilustrados por el mismo autor figura uno provisto de colmillos felínicos, de hueso, agregados al metal, lo mismo que los incisivos y los ojos. Lleva agujeros en todo el borde; carece de pupilas agujereadas, de manera que es probable que fuese una máscara mortuoria; esta es la interpretación del autor (op. cit., p. 377). Una de las máscaras lleva pintura roja en ambos lados. Schmidt publicó también un buen número de máscaras de madera procedentes de Chimbote y Pachacamac (op. cit., p. 550 y 55); también otras de tela pintada (ídem, p. 552), procedentes de Lima y Ancón. No hay dudas de que cumplieron la misma función que las máscaras metálicas. En un caso, una máscara funeraria de metal se encuentra colocada aún sobre la cabeza de la momia; procede de Chancay (op. cit., p. 554).

La gran mayoría de las máscaras de oro, pintadas en colores, pero con predominio del rojo, son de origen Chimú. En la colección Mujica Gallo hay muchos especímenes; otros han sido publicados por diversos autores (Kelemen, 1956, p. 203). Un ejemplar muy curioso fue publicado por este autor; es de plata y plumas (op. cit., 203); pocas dudas caben, pese a la falta de datos de hallazgos, de que se trata de máscaras funerarias.

Lothrop señala que la momificación con extracción de vísceras y prepara-

ción especial del cuerpo para eliminar los líquidos orgánicos fue común en la costa del Perú, sin dejar de influir en el proceso el clima seco de la costa. La máscara fúnebre, generalmente de madera pintada o de metal, era un aditamento común del paquete funerario. Sin embargo, no cree que la costumbre fuera muy antigua, no más de 500 años antes de la conquista. La costumbre se extendió entre Lambayeque e Ica. Destaca también que las efigies funerarias debieron representar sujetos importantes, ya que «las momias contenidas son invariablemente de hombres, aunque el Museo Peabody de Harvard, tiene un ejemplar femenino con pechos de calabaza» (Lothrop, 1955, p. 146).

Lehman y Doering publicaron algunas máscaras peruanas; una de ellas es una máscara de metal (1924, p. 51; lám. 107). Otra, procedente de la Huaca de la Luna, en Moche, es de oro, cobre y plata, de extraordinaria factura; provista de orejas independientes en relieve; lleva los ojos con incrustaciones de nácar y pupilas en negro. El problema radica en ver si se trata o no de una máscara mortuoria (op. cit., lám. 107). Creo que esta misma máscara es la reproducida por Disselhoff y Linné (1961; p. 179), quienes no titubearon en clasificarla como «Death mask». Lo importante es que pudo tratarse de una pieza Mochica.

Un ejemplar de madera, reproducido por los mismo autores, fue hallada en Pachacamac y la atribuyen al Tihuanaco expansivo (op. cit., p. 204).

Cossio del Pomar reproduce tres máscaras (?) de oro. Una de ellas es decididamente Chimú, pese a ser calificada de «Arte Nazca» (Cossio del Pomar, 1949, fotografía frente a p. 64, arriba, derecha). Queda, sin embargo, la duda si se trata de una máscara funeraria.

La máscara ilustrada por Dorsey fue hallada «... inside the wrappings of a mummy pack» ... «no se sabe si estaba o no sobre el rostro; la técnica es de martillado» ... «from a simple nugget of copper» «and to get the required shape a mold or block has been used». Mide 158 mm. de largo por 153 de ancho (Dorsey, 1897, p. 413).

Una información curiosa y no exenta de interés, respecto al uso de máscaras de oro entre los incas, es referida en la crónica llamada del Anónima Sevillano, pero que debe tratarse del capitán Cristóbal de Mena, el que al describir el saqueo del Cuzco relata «... En otra casa muy grande hallaron muchos cántaros de barro cubiertos con hojas de oro, que pesaban mucho, no se los quisieron quebrar por no enojar a los indios; en aquella casa estaban muchas mujeres y estaban dos indios en manera de embalsamados: y junto con ellos estaba una mujer biva con una máscara de oro en la cara ventando con aventador el polvo y las moscas: y ellos tenían en las manos un bastón muy rico de oro. La mujer no los consintió entrar dentro, sino se descalçassen: y descalçandose fueron a ver aquellos bultos secos» (Porras Barrenechea, 1967, p. 93).

La función diversa a que las máscaras podrían prestarse queda establecida en una descripción de los Ritos de Huarochirí, de 1609; en que un rostro humano no disecado sobre su base ósea, era utilizado a manera de máscara, en un rito agrario según la siguiente descripción: «... Usaban también otra invención, y era traer unas máscaras, o caratulitas, cortadas del rostro de un hombre con el mismo hueso y piel como estaba antes, para lo cual debían de tener algún género de sierra, o instrumento muy agudo; y procuraban que fuese esta máscara de algún indio prin-

cipal señalado y al tiempo que habían de coger maíz, se la ponían uno sobre su cara y con esto cobraba tanta autoridad que le traían en andas, como en procesión y le hacían ofrendas como a cosa divina» (Ávila, 1966, p. 247).

Las máscaras de madera, pintadas y adornadas con ojos de incrustación de concha o piedra, a veces con pelucas, son las más comunes y se las ha hallado cosidas a los fardos funerarios de la costa. A simple título de ejemplo de las muchas conocidas, citamos el ejemplar ilustrado por Bennett, de origen Chimú (Bennett, 1954; p. 92; fig. 105).

De lo que precede queda en claro que, el lado de numerosos usos ceremoniales de la máscara, el uso mortuorio de la misma fue muy común y que el mayor número de ejemplares conocidos corresponden al Período Medio o el Intermedio Tardío. La presencia de algunas máscaras con caracteres estilísticos Mochica, demuestra que quizá la costumbre se remonta a una etapa algo más antigua.

2.3. ÁREA ANDINA SEPTENTRIONAL.

2.3.1. COLOMBIA Y ECUADOR.

En Colombia, entre los innumerables objetos de su muy rica orfebrería, son comunes las máscaras. Aquí, como para las máscaras conocidas en gran parte de Sudamérica, se ignoran las condiciones de hallazgo y asociación de esas piezas. Corresponden a estilos diferentes. Las máscaras Colimas están trabajadas en lámina de oro. Son de contorno circular (Pérez de Barradas, 1954, figs. 12; 13) u ovals (op. cit., fig. 14; 33; 34; 35; 36, y 95). Todas llevan pupilas con agujeros, es decir, que pudieron ser utilizadas en ceremonias, y también agujeros de suspensión. Todas son planas o laminares, excepto la n.º 32 que es modelada (Pérez de Barradas, 1954). Se conocen nueve ejemplares de este estilo, y todos proceden de Restrepo y se hallaron al parecer en cuatro sepulturas (op. cit., p. 280).

En el estilo Muisca se conocen dos ejemplares de oro, de tipo muy sencillo, provistos de agujeros de suspensión (Pérez de Barzadas, 1958; lám. 139). El Museo del Oro posee tres ejemplares de tamaño pequeño (idem. texto; p. 299). Otro ejemplar de máscara de oro es reproducido por Disselhoff (1961, p. 245).

El ejemplar de máscara colombiana del Museo Británico, que reproduce Pérez de Barradas (1954, fig. 5), con el rostro modelado, es bastante diferente de las del noroeste argentino y Perú; sin embargo, otros objetos de metal de Colombia son muy parecidos o idénticos a los del noroeste argentino o Tiahuanaco. Las agujas con ojo o los cinceles; por ejemplo (Pérez de Barradas, 1954, fig. 201), las que aparecen también en la costa, entre el material Chimú (idem, p. 326). Pero si estos son objetos demasiados simples, no lo son las «tabletas de rapé», recipientes para absorber alucinógenos que también los hay iguales. Algunas de estas tabletas pertenecientes al estilo Muisca son rectangulares y provistas de mango (Pérez de Barradas, 1958, p. 101, fig. 24, y p. 300 y ss.), y, a veces, llevan figuras zoomorfas o antropomorfas. Estos objetos pudieron ser copias en metal de prototipo de madera, culturalmente muy antiguos. También los brazaletes tubulares, parecidos a los del noroeste argentino, se hallan en el estilo Colima (Pérez de Barrada, 1954,

lám. xvi), pero estos brazaletes pudieron en el noroeste argentino ser de origen incaico o muy tardíos.

Algunas técnicas, como los diseños de puntos repujados, son comunes a la orfebrería Colombiana y a piezas de oro posiblemente Condorhuasi, del noroeste argentino. Lo mismo ciertas formas estilizadas de rostros humanos, divididos en tres sectores, son comunes a Tiahuanaco, a los diseños en piedra de la escultura Tafí y a la orfebrería Colombiana (Pérez de Barradas, 1954, láminas 222 y 223).

Ecuador. — En Ecuador las máscaras arqueológicas son conocidas desde hace años. D'Harcourt hizo un corto resumen de lo conocido hasta entonces (D'Harcourt, 1942), señalando que al sur de Esmeraldas las máscaras de terracota desparecen, y que debieron cumplir una función ritual.

Jijón y Caamaño menciona una máscara hallada en Urcuqui y había señalado otras en su trabajo sobre los aborígenes de Imbabura; Saville publica una de Caraques, Manabí (op. cit.).

Kelemen reproduce una máscara de tipo muy curioso, y lo que es más curioso aún, bajo el título de «Bronze mask», evidentemente una aleación excepcional o desconocida en el área de Esmeraldas, de donde se dice proceder la pieza (Kelemen, 1956, p. 256, p. 210 b'). No sabemos si se realizó el correspondiente análisis, pero el autor establece que la máscara: «... recalls masks of modern Latin America». En conjunto es una máscara que, hasta tanto no se hagan hallazgos comprobatorios, no se puede tener en cuenta; ya que el bronce parece haber sido desconocido en el Área Andina Septentrional. (Disselhoff y Linne, 1961, p. 245).

2.4. REFERENCIAS A OTRAS ÁREAS.

2.4.1. MESO Y CENTROAMÉRICA.

En Méjico la existencia de las máscaras funerarias está probada, al parecer, desde las más antiguas culturas agro-alfareras.

En el Preclásico han sido halladas pequeñas «mascarillas» de terracota, cuya función no resulta totalmente clara.

Un grupo de máscaras de piedra, finamente trabajadas, se las ha ubicado dentro de la cultura Olmeca por su estilo, ya que, por lo general, se trata de especímenes que, como la gran mayoría de estos desgraciados objetos, carecen en América de referencias sobre sus condiciones originales de hallazgo. A veces se conoce su sitio de origen con cierta exactitud, pero no su asociación completa (Sisson, 1970). De cualquier manera puede fecharse algunos de los ejemplares conocidos entre el 1150-900 a. C. (op. cit.).

Parte de las máscaras Olmecas llevan mezclados rasgos felínicos. La falta de información sobre las condiciones de hallazgo imposibilita determinar si se trata de máscaras ceremoniales, usadas por determinados personajes, inclusive niños, según consta en la iconografía Olmeca, o bien si puede tratarse de máscaras mortuorias (op. cit.).

También es conocido un ejemplar de máscara Olmeca de madera, incrustada de jade. Quizás es la única pieza de madera, de esta cultura, la que ha sido reproducida por distintos autores (Dockstader, s. f., fig. 43).

De Teotihuacán son por demás conocidas sus máscaras de piedra; muchas de ellas han sido ilustradas en diversos trabajos, no pocos de índole puramente artística, o en obras de síntesis. Lothrop ha reproducido un magnífico ejemplar del Museo Arqueológico de Florencia, de la época clásica de Teotihuacán que, curiosamente, debió llegar a Europa como parte del botín mejicano del siglo xvi (Lothrop, 1964, p. 53). El atribuir a estas máscaras una función funeraria es muy frecuente (Krickeberg, 1961, p. 289; Dockstader, s. f., fig. 42); sin embargo, aquí, como en la gran mayoría de las máscaras de la arqueología de América, carecemos de información sobre las condiciones de hallazgo, y, por lo tanto, la función funeraria, aunque posible, carece de pruebas fehacientes. Muy concienzudamente Disselhoff y Linne nos dicen al presentar un hermoso ejemplar con incrustación de piedras verdes y rojas: «Masks of this kind are referred to, by some authors, as funerary masks. They may have been used as burial ceremonies and death rites. But so far not a single mask has been found which already indicates what purpose they served» (Disselhoff y Linne, 1961, p. 36).

Otras culturas mejicanas, de diferentes momentos y contenidos, utilizaron máscaras y, en algunos casos, con propósitos definitivamente fúnebres.

Los Tarascos, hábiles artesanos, parece habían utilizado máscaras funerarias metálicas (Krickeberg, 1961, p. 363). Piña Chan reproduce un ejemplar de Michoacán (1960, fig. 64, p. 154).

El autor antes mencionado reproduce un interesante hallazgo, realizado bajo control científico en Zaachila; tumba n.º 1; en la que se hallaron sepultados los restos de un alto personaje, el cual llevaba sobre su calavera una máscara pintada. En honor de este individuo se habían sacrificado nueve personas (Piña Chan, p. 49, 1965).

Otros hallazgos arqueológicos realizados en Méjico muestran la costumbre de máscaras mortuorias. Uno de los bultos funerarios de Monte Albán estaba provisto de una pequeña máscara de piedra (Covarrubias, en *Caso et al.*, 1945, p. 20).

Verdaderas obras de arte, de los talleres lapidarios de aztecas y mixtecas, son las máscaras de mosaico de piedra semipreciosa. Se conocen una serie de ejemplares. Un inventario y descripción de los conocidos hasta su época, debemos a Saville (1922, p. 60 y ss.). Muchos de ellos han vuelto a ser reproducidos, a veces, con toda la gala de sus colores. Lothrop ilustra la hermosa máscara azteca o mixteca del Museo de Roma (1964, p. 72). Estas máscaras de mosaico, o parte de las máscaras, pudieron haber sido ceremoniales y parte del atuendo de los dioses, según una cita de Sahagun (Saville, op. cit., p. 62). Pero otros cronistas certifican el uso de máscaras en ceremonias fúnebras, uno de ellos es Herrera (citado por Piña Chan, 1965, p. 49).

Por otro lado los códices también dan testimonios del uso de máscaras funerarias. Según Caso, el Códice Magliabechi dice que las máscaras «... se utilizaron en el bulto, que se hacía para figurar al jefe muerto, poniéndose como cabello cierta hierba llamada *malinalli*...» (*Caso et al.*, 1945, p. 10).

En el código mixteca Nuttal, próximo a la conquista, se comprueba, una vez más, el uso de la máscara funeraria. En las páginas 81 y 82 del manuscrito pictográfico se registra la muerte de un importante personaje: «Miquiztli, cuyo fardo

mortal incensan y ofrendan para su viaje definitivo diversos sacerdotes; apareciendo, por último, recubierto por una máscara azul de turquesas, antes de ser incinerado». (Toscano, en *Caso et all*, 1945, p. 12.)

Las analogías de las costumbres descritas en la primera cita con los hallazgos de Perú y la de la segunda con las ceremonias fúnebres contemporáneas de Siam (ver más adelante), no merecen ser pasadas por alto, cualquiera que sea la explicación que se dé a esas coincidencias.

Otros hallazgos arqueológicos de Méjico prueban la existencia de máscaras, a veces muy curiosas y muy difícil de ubicar, como dos ejemplares de Guerrero, que se caracterizan por su nariz en extremo ganchuda (*Caso*, 1945, p. 27).

Entre las culturas americanas que utilizaron máscaras funerarias para sus más importantes personajes es necesario mencionar a los mayas. El magnífico hallazgo del templo de las inscripciones de Palenque lo prueba fehacientemente. Allí el alto personaje, a quien se le brindaron las mejores ofrendas en complejas exequias, es portador de un ejemplar de máscara de jade, concha y obsidiana. Estas piezas han sido reproducidas muchas veces, entre otros por Lothrop (1964, p. 123).

Las raíces de la costumbre de usar máscaras como atuendo funerario de grandes personajes se remonta también entre los mayas al Preclásico, como lo comprueban hallazgos efectuados en las ruinas de Tikal. Estas máscaras a veces fueron muy simples, del tipo «masquette», y todos los indicios apuntan a que estuvieron adheridas, como en Perú, a los fardos funerarios en lugar del cráneo. Cuando el fardo se desintegró, la máscara cayó, con el resto del contenido, en el piso de la cámara. El hallazgo de la tumba n.º 85, de Tikal, es muy demostrativo a este respecto (*Coe*, 1965, p. 21).

Quizás una perduración de la vieja costumbre de la máscara mortuoria la encontramos en una referencia reproducida por Krickeberg:

«Bajo los Cocom se implantó la costumbre de hacer, por medio de resinas, máscaras de calaveras de los principales y nobles fenecidos, guardados en las cpillas domésticas junto con las imágenes en madera de los antepasados.» (Krickeberg, 1961; p. 262.)

Centro América. — En sitio Conte (Cocle), Lothrop (1937, p. 285) encontró la reproducción de un rostro humano que ha sido interpretada como una máscara (Pérez de Barradas, 1954, p. 317 y ss.), sin embargo, no puede descartarse de que haya sido un adorno; esta pieza no se halló sobre el cráneo del sujeto sepultado, sino desplazada. El problema radica en que esta sepultura fue removida por sucesivos reentierros (Lothrop, 1937, p. 285; fig. 96, p. 126).

Para Honduras, Saville menciona una máscara de mosaico de turquesa, hallada cerca de Naco, en el río Chamalecón (Saville, 1922, p. 67). Junto con las máscaras se hallaron cientos de campanillas de cobre.

2.4.2. NORTEAMÉRICA.

Para las culturas del este de los EE.UU. se conocen varias máscaras en la cultura Woodland. Dockstader (s. f., fig. 63) reproduce un ejemplar de madera con incrustación de concha, procedente del famoso Spiro Mound, de Okalahoma.

En el Museo Peabody de la Universidad de Harvard existen varios ejemplares de estas máscaras mortuorias de concha; dos de ellas fueron halladas debajo de sus respectivos cráneos, en el Brakebiel Mound (n.º 2240 del Museo Peabody; en exhibición 1968).

Esquimales y Aleutas y Costa noroeste. — Son conocidas las máscaras de los esquimales y se las ha hallado en diversas culturas. Algunas de estas máscaras son muy interesantes «... rapellent le double nature originelle l'animal et son double humain...» (Anónimo, 1959, p. 16). Algunas máscaras esquimales y de los Aleutas se las coloca decididamente como máscaras funerarias: «En Alaska meridional le masque posséderait une longue tradition, antérieure à notre ère. A Kachemak, dans la region du Prince Williams sound des fragments en argile, d'autres en bois on été trouvés avec des restes humains, dans l'île Kodiak un crane aux yeux d'ivoire et deux remarquables têtes-portraits l'une en ivoire l'autre en os. Au nord, à Ipiutak, civilisation que s'acheve aux x^e siècle les deux célèbres masques en pièces d'ivoire articulées s'ornent de stylisation qui rappelleraient les têtes d'oiseaux de masques aleoutes...» (Anónimo, 1959, Eveline Lot-Fuck, p. 19).

Entre los Aleutas se conocen ejemplares de máscaras funerarias de madera; algunas realistas, estilizadas otras; a menudo con tatuajes coloreados con pintura; sirvieron para acompañar los restos de personajes privilegiados de la casta de los balleneros; depositados en grutas, un antiguo modo de sepultura (op. cit., p. 19).

En el trabajo de Dall (1884) se describen con mucho detalle las cuevas funerarias y las máscaras fúnebres de los Aleutas.

En la costa del noroeste es muy común el uso de hermosas máscaras de madera, finamente talladas y a veces incrustadas de madreperla. Dockstader (s. f. fig. 93) reproduce uno de estos ejemplares.

2.4.3. ASIA Y VIEJO MUNDO.

Diversas fuentes consignan el uso de máscaras mortuorias en la antigua China. Seligman ha señalado una máscara funeraria de bronce del Período T'ang y otra del Período Han (Seligman, 1952), haciendo notar la extrema rareza de tales máscaras. El doctor Masao Shimada ha descrito una máscara funeraria del Período Liao (Shimada, 1951) perteneciente al Museo de la Universidad de Tokyo; señalando que se han hallado otros especímenes en la provincia de Jehol y varios más. La máscara en cuestión es de lámina de bronce dorada, sobre madera, y mide 25 × 17 cm.

El doctor Shimada dice no haber hallado referencias documentales del uso de máscaras funerarias en China (op. cit., p. 252), excepto una información sobre las tribus norteñas de los siglos XI y XII, especialmente de la tribu Ch'itan de la dinastía Liao, en que se describe el hábito de momificación del cuerpo y el uso de máscaras mortuorias de oro o plata entre los personajes de clase alta.

La dinastía Liao fue fundada por los Kitans, una tribu Tungus A. D. 907 a 1125).

Minkenhof ha ilustrado ocho máscaras mortuorias de China, también de la dinastía Liao; y un ejemplar excepcional, excavado en Honan, perteneciente

al Período Chou Medio; pero ésta quizá no es una máscara mortuoria Seligman, 1952).

Seligman concluye que las máscaras funerarias no fueron un rasgo cultural de China, pero que las prácticas de embalsamamiento y máscaras fueron usadas por los Tártaros Kitans, durante la dinastía Liao.

La máscara de plata de la dinastía Liao, reproducida por Gyllansvärd (1953, fig. 146, p. 224), lleva las orejas perforadas.

El uso de máscaras mortuorias de oro existe aún hasta nuestros días, en Siam, reservada siempre a los personajes de alto rango: reyes, príncipes o sacerdotes; las máscaras eran sacadas antes de la ceremonia de la cremación y convertidas en imágenes de Buddha (Adam, 1953, artículo 21).

Los Kirguises del Yenisei han utilizado máscaras funerarias. Hacia los comienzos de nuestra era la cultura agrícola y pastoral semisedentaria de Tachtyk, que sucedió en la cuenca de Minoussink, a la de Tagar, continuándola en parte, se caracteriza por la presencia de máscaras de cerámica, rostros simples o bustos enteros colocados en las cavernas funerarias, a menudo en los «nidos de hierba», donde se disponían los restos incinerados de los muertos. De estas máscaras se conocen más de trescientos ejemplares. Sólo se habían utilizado para los entierros de jefes de alto rango y los jefes de familia (op. cit., 1959, p. 17).

Escribir sobre la máscara fúnebre en el Viejo Mundo sería hacer un libro por sí mismo. Son demasiado conocidas las máscaras Micénicas de oro, o las egipcias, y la de las tumbas etruscas.

3. RESUMEN Y CONCLUSIONES

En este artículo se estudian seis máscaras metálicas de oro y plata del noroeste argentino. Todas, menos una, se ubican dentro del área Humahuaca y, de acuerdo con los datos de asociación que se aportan, pertenecerían a la cultura o facie de la Isla, excepto un ejemplar que quizá pertenece a la cultura Humahuaca. Funcionalmente parecen haber sido máscaras funerarias y debieron corresponder a personajes de alto estatus social, quizás a los jefes de pueblos o tribus o de grupos tribales. Se plantea la posibilidad de que la cultura Humahuaca pudiera tener una organización política algo superior a la simple organización tribal, es decir, el señorío, el que ya debió instalarse en épocas de la Facie Isla. El uso de las máscaras más elaboradas (oro o piedras semipreciosas) corresponde, en general, en América y o fuera de ella, de acuerdo a lo hasta ahora conocido, a sociedades con clara diferenciación del estatus social y posteriormente a sociedades clasistas.

Se analizan máscaras arqueológicas de otros materiales, señalándose el interés especial que presentan las máscaras de piedra, las que pudieron ser máscaras funerarias. Pertenecerían a los contextos Condorhuasi-Alamito-Tafí y quizá Ciénaga. Hay que destacar que en los Andes centrales las máscaras de piedra son desconocidas. Resulta así que el noroeste argentino y algunos pocos casos del Área Andina Septentrional son las únicas áreas, conocidas hasta ahora, que poseyeron máscaras de piedra, hecho que creemos sugestivo. Por otro lado, máscaras fune-

rarias de piedra parecen haber sido comunes en algunas de las altas culturas Mesoamericanas.

Por lo que sabemos, no parece haber evolución local entre las máscaras de piedra y las metálicas.

El análisis de la historia de las máscaras metálicas de los Andes revela la existencia de éstas en las tres Áreas Andinas. La relación histórica de las máscaras metálicas del Área Andina Septentrional y específicamente colombiana, con las del Área Andina Central, es difícil de establecer por el momento. En cambio, en el Área Andina Central, la máscara funeraria de oro o plata parece que comienza en el Período Intermedio Temprano con Los Mochica, pero su mayor frecuencia es posterior a la expansión tiahuanacota. Esta frecuencia y expansión sería, de acuerdo a lo que hasta ahora sabemos, la responsable de la presencia de la máscara funeraria de metal, en el norte de Chile y el noroeste argentino.

Del lejano oriente y Asia sudoriental poca información hemos recopilado. De cualquier manera parece descartarse por ahora cualquier relación histórica de esta costumbre con la de América del Sur o Mesoamérica.

Es posible que la evolución del uso de máscaras, a partir de mascarillas funerarias de barro, en América del Sur, al uso de máscaras de piedra pueda seguirse alguna vez en el futuro. Por el momento no puede establecerse una continuidad histórica directa con el uso de las máscaras funerarias de metal, o de otra clase.

En cuanto a las máscaras de las culturas esquimales o aleutianas, parecen constituir un núcleo independiente de los anteriores.

Los estudios de arqueología comparada o la historia de items culturales aislados no gozan hoy del favor de los americanistas, los que prefieren trabajar en materia de relaciones históricas en base a contextos o más bien, en otro orden de cosas, a investigar los procesos históricos. Sin embargo, algunos estudios recientes, como el de Ford (Ford, 1969), revelan todo el interés y todas las posibilidades que esta clase de investigaciones pueden brindar a nuestras disciplinas; y si el estudio de procesos históricos es uno de los fines de la arqueología, la reconstrucción histórica total o parcial (contextos o items) es uno de los pasos cuantables de la investigación. Más aún, si el fin último de la arqueología — como ciencia antropológica — es el estudio de las recurrencias del comportamiento humano, los estudios comparativos tendrán que ser en el futuro parte inevitable de la misma.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, Leonhard, 1953, *Death mask in Ancient China*. Man LIII; articles 1-23; January. Published by the Royal Anthropological Institute. London.
- ANÓNIMO, 1959, *Le Masque*. Catálogo del Musée Guimet. Ministère d'État. Affaires culturelles. Éditions des Musees Nationaux. París.
- ÁVILA, Francisco de, 1966, *Dioses y Hombres de Huarochiri*. Edición bilingüe. Narración Quechua recogida por (1598 ?), Lima.
- BENNETT, Wendell C., 1954, *Ancient Art of the Andes*. The Museum of Modern Art New York.
- CASO, Alfonso; TOSCANO, Salvador; NAUGARD BEST, Adolfo; COVARRUBIAS, Miguel, 1945, *Máscaras mexicanas*. Sociedad de Arte Moderno. México.
- CELLONE, Mario C. F., s. f., *La máscara etnográfica en el territorio argentino*. Tesis para el doctorado en Antropología. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata. Copia Mecanografiada.

- CIGLIANO, Eduardo, M., 1967, *Investigaciones Antropológicas en el yacimiento de Juella*. Dto. Tilcava, Prov. de Jujuy. Revista del Museo de La Plata Nueva Serie, Sección Antropología IV; n.º 34; La Plata.
- COE, William R., 1965, *Tikal. ten years of study of a Maya ruin of lowlands of Guatemala*, en *Expedition*, VIII, n.º 1.
- COSSIO DEL POMAR, F., 1949, *Arte del Perú precolombino*. Fondo de Cultura Económica. México. Buenos Aires.
- DALL, W. H., 1884, *On masks, labrets and certain aboriginal customs with an inquiry into the bearing of their geographical distribution*, in *Third Annual Report of the Bureau of Ethnology, 1881-1882*, Washington, 1884; p. 73-203.
- DEBENEDETTI, Salvador, 1910, *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la isla de Tilcara, Quebrada de Humauaca, Provincia de Jujuy*, en *Publicaciones de la Sección Antropología, Facultad de Filosofía y Letras* n.º 6, Buenos Aires.
- D'HARCOURT, Raoul, 1942 (1947), *Archaeologie de la Province D'Esmeraldas (Equateur)*, en *Journal de la Société des Americanistes Nouvelle*, Serie xxxiv. Paris.
- DISSELIHOFF, D. H.; LINNÉ, Sigvald, 1961, *Anciente America. The civilization of the New World*. Methuen. London.
- DOCKSTADER, Frederick J., s. l., *Indian Art in America*. New York, Graphic Society.
- DORSEY, George A., 1897, *A cooper mask from Chinbote, Perú*, in *American Anthropology*, x, p. p. 413-414. Menasha.
- ERNST, Alice H., 1933, *Masks of Northwest Coast*, in *Theatre Arts Monthly*, xvii; n.º 8. August.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex, s. l., *Figuras duales del noroeste argentino*. Manuscrito.
- GYLLENSWARD, B., 1953, *Chinese Gold and Silver in the Carl Kempe Collection, a Catalogue*. Stockolm.
- FORD, James A., 1969, *A comparison of Formative Cultures in the Americas. Diffusion or the Psychic Unity of man*. Smithsonian Contributions to Anthropology, vol. xi. Washington.
- KELEMEN, Pal., 1956, *Medieval American Art. Masterpieces of the New World Before Columbus*. New York.
- KRICKBERG, Walter, 1961, *Las antiguas culturas mexicanas*. Fondo de cultura económica. México.
- LATCHAM, Ricardo, 1915, *Costumbres mortuorias de los indios de Chile y de otras partes de América*. Sociedad-Litografía «Barcelona». Santiago-Valparaíso.
- LEHMANN, W.; DOERING, H., 1924, *Kunstgeschich e des Alten Perú*. Berlin.
- LE PAIGE GUSTAVO, 1964, *El Precerámico en la cordillera Atacameña y los cementerios del Período Agro-Alfarero de San Pedro de Atacama*, en *Anales de la Universidad del Norte*, n.º 3. Antofagasta.
- LOTHROP Samuel K., 1937, *Coqlé, an Archaeological Study of Central Panamá. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*. Harvard University. VIII, pp. 1-327. Cambridge, Mass.
- 1955, *Tumba de un orfebre peruano*, en *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, II, n.º 2. Lima, Perú.
- 1964, *Los tesoros de la América Antigua*. Ediciones Destino. Impreso en Suiza.
- MOSTNY, Greta, 1958, *Máscaras tubos y tabletas para rapé y cabezas trofeos entre los Atacameños*, en *Miscellanea Paul Rivet; Octogenario Dicata*, II, pp. 379-392; XXXI Congreso Internacional de Americanistas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- NÚÑEZ ATENCIO, Lautaro, 1971, *Algunos problemas del estudio del Complejo Arqueológico, Faldas del Morro, Norte de Chile*, en *Abhandlungen und Berichte des Staatlichen Museum für Völkerkunde Dresden Band*, 31, pp. 79-106. Berlin.
- PALAVECINO, Enrique, 1944, *Una máscara calchaquí. La máscara de Loma Morada*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, IV, pp. 55-57. Buenos Aires.
- 1949, *Máscaras de piedra del noroeste argentino*, en *Notas del Museo de La Plata*, XIV; 213-220, Antropología n.º 54. La Plata.
- 1954, *La máscara y la cultura*. Segundo Plan Quinquenal. Ediciones de la Municipalidad de Buenos Aires, 1954.
- PIÑA CHAN, Román, 1960, *Mesoamérica*, Memorias del I. N. A. H. México.
- 1965, *Lumières Nouvelles sur l'ancien Mexique*, en *Archéologie*, n.º 3, Mars-April. Paris.
- PONCE SANGINÉS, Carlos, 1948, *Cerámica Tiwanacota*. Emecé Editores. Buenos Aires.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl, 1967, *Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú*. Lima.
- REISS, Stübel, 1880-87, *Das Totenfeld von Ancon*, Berlin.
- SAVILLE, Marshall, H., 1922, *Turquoise Mosaic art in Ancient Mexico*, in *Contributions from the Museum of the American Indian*. Heye Foundation, VI. New York.
- SCHMIDT, Max, 1929, *Kunst and kultur von Perú*, Berlin.
- SEGURA, Angel B., 1963, *Las máscaras de piedra del Museo Arqueológico Calchaquí*. Catamarca.
- SELIGMAN, Brenda, 1952, *Death masks in Ancient China*. *Man*, LII, articles 1-20, article n.º 20, p. 16 — January — Published by The Royal Anthropological Institute. London.
- SQUIER, G., 1877, *Perú*. London, 1877.
- SERRANO, Antonio, 1961, *Excavaciones arqueológicas en el Valle del Río San Francisco*. La Prensa, 24-9-61.
- SHIMADA, Masao, 1951, *A death mask of Liao Period*. *Artibus Asiae*, XII, n.º 4, p. 250-253.
- SISSON, Edward B., 1970, *Máscaras Olmeca de San Felipe*, en *Boletín I. N. A. H.*, n.º 40, junio, p. 45-48. México.
- URIONDO, Mario Ernesto; RIVADENEIRA, Irma, 1952-1954, *Metallurgia del noroeste argentino*, en *Revista del Instituto de Antropología*, VII, entrega 3, p. 5-40. Tucumán.
- WAITE, Deborah, *Kwakiutl transformation mask*, en *The many faces of primitive Art*. Prentice Hall Inc. New Jersey.